

Poner una marca verde en el asfalto. Comunicación y prácticas de agroecología urbana en Colombia: una mirada a Bogotá

Putting a green mark on the asphalt.

Communication and urban agroecology practices in Colombia: exploring Bogota

Colocando una marca verde no asfalto. Comunicação e práticas de agroecologia urbana na Colômbia: uma olhada em Bogotá

DOI: <https://doi.org/10.32870/cys.v2025.8846>

JUAN CARLOS VALENCIA RINCÓN¹

<https://orcid.org/0000-0002-3844-2811>

ANA PAULA GARCÍA GARCÍA²

<https://orcid.org/0009-0002-7936-1281>

La agroecología urbana se ha vuelto común en ciudades de América Latina. Este artículo analiza encuentros de saberes y prácticas comunicativas entre agricultores urbanos en Bogotá, Colombia. Visitamos huertas y aplicamos un cuestionario cualitativo y cuantitativo, etnografía participativa y analizamos métricas de redes sociales. Estas iniciativas existen y persisten gracias a la comunicación cara a cara y mediada a través de redes sociales, que les permite organizarse, reunirse, aprender y llegar a acuerdos.

PALABRAS CLAVE: Prácticas comunicativas, movimientos sociales, agroecología, Colombia.

Urban agroecology has become common in Latin American cities. This paper analyzes knowledge encounters and communicative practices among urban farmers in Bogota, Colombia. We visited gardens and applied a qualitative and quantitative questionnaire, participatory ethnography and analyzed social media metrics. These initiatives exist and persist thanks to communication, both face-to-face and mediated through social media, that allows urban farmers to organize, meet, learn and reach agreements.

KEYWORDS: Communicative practices, social movements, agroecology, Colombia.

A agroecologia urbana tem se tornado comum nas cidades latino-americanas. Este artigo analisa os encontros de conhecimento e as práticas comunicativas entre os agricultores urbanos de Bogotá, Colômbia. Visitamos hortas e aplicamos um questionário qualitativo e quantitativo, etnografia participativa e analisamos métricas de redes sociais. Essas iniciativas existem e persistem graças à comunicação, face a face e mediada por redes sociais, ela permite que eles se organizem, se encontrem, aprendam e cheguem a acordos.

PALAVRAS-CHAVE: Práticas comunicativas, movimentos sociais, agroecologia, Colômbia.

Cómo citar este artículo:

Valencia Rincón, J. C. & García García, A. P. (2025). Poner una marca verde en el asfalto. Comunicación y prácticas de agroecología urbana en Colombia: una mirada a Bogotá. *Comunicación y Sociedad*, e8646. <https://doi.org/10.32870/cys.v2025.8646>

¹ Pontificia Universidad Javeriana, Colombia.
valencia.juan@javeriana.edu.co

² Pontificia Universidad Javeriana, Colombia.
an.garcia@javeriana.edu.co

Fecha de recepción: 18/05/23. Aceptación: 27/02/24. Publicado: 19/02/25.

INTRODUCCIÓN

El interés por la agricultura y la agroecología urbana ha venido creciendo en las últimas décadas en diferentes lugares del mundo. Existen estimaciones de que la producción urbana de alimentos se ha duplicado a nivel global en los últimos 15 años (Altieri & Nicholls, 2020). La gran dependencia de redes de distribución alimentaria cada vez más complejas y llenas de intermediarios, la desconexión de la naturaleza en los entornos urbanos, la crisis medioambiental y las preocupaciones por la calidad de los alimentos, el impacto de los agroquímicos industriales y la modificación genética de las semillas han llevado a individuos, familias y colectivos ciudadanos a explorar la creación de pequeñas huertas en las ciudades. Altieri y Nicholls (2020) señalan que:

El acceso a los alimentos es crítico para las ciudades con más de 5 millones de habitantes que, para alimentar a sus ciudadanos/as, requieren importar al menos 2 mil toneladas de alimentos por día, los cuales además viajan en promedio unos 1.000 kilómetros (p. 4).

Estos sistemas alimentarios difícilmente podrían describirse como sostenibles y siempre están expuestos a choques externos, como desastres naturales, conflictos bélicos o epidemias. No es de extrañar que la pandemia de Covid-19 acrecentara el interés por la agricultura y la agroecología urbana (Chandran, 2020). Hubo interrupciones logísticas, subidas de precios, menos frutas y verduras frescas disponibles en algunas cadenas de suministro convencionales, y esto pudo crear un círculo vicioso: la diabetes, la hipertensión y otras enfermedades relacionadas con la calidad de la alimentación son factores de riesgo de mortalidad por el Covid-19 (IPES-Food, 2020, p. 6).

El tema de la agricultura y la agroecología urbanas se ha explorado desde diversas disciplinas y ángulos, pero no abundan los trabajos que lo hagan desde la comunicación (Manosalva, 2020). Sin embargo, la creación, circulación y recepción de información sobre técnicas, insumos y cuidados; la conformación, organización y funcionamiento de grupos y colectivos huerteros, y los mecanismos de generación, sostenimiento y expansión del interés por la agricultura urbana (Nicholls

& Altieri, 2018) se basan de manera crucial en prácticas de comunicación.

Este artículo se proyecta desde resultados obtenidos a partir de la investigación “Prácticas de comunicación en la agricultura urbana de Medellín” (2018-2020), en la que participaron personas investigadoras de tres universidades colombianas: la Universidad Javeriana, la Universidad de Antioquia, la Universidad Autónoma de Occidente y colectivos activistas en Bogotá, Medellín y Cali, en particular la Red de Huertos Medellín. Nos interesaba indagar los matices locales de una práctica con muy diversas expresiones a nivel mundial (Schwab et al., 2018).

Investigamos cómo se conforman los colectivos ciudadanos de agroecología urbana, cómo interactúan, a qué fuentes de información recurren, de qué manera conforman redes y atraen a más personas. En resumen, nos interesaba el papel central de la comunicación en los procesos organizativos y en las prácticas sociales cotidianas alrededor de la agroecología urbana de colectivos huerteros en Colombia. Este artículo se centra en los resultados obtenidos en Bogotá (García, 2019), que “como capital de la nación presenta las mayores y mejores experiencias en agricultura urbana y periurbana” (Carranza et al., 2021, p. 54).

ANTECEDENTES

La agricultura urbana se puede entender como el aprovechamiento de espacios pequeños en entornos urbanos para la producción de alimentos. La Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (2018) la define como “el cultivo de plantas y la cría de animales en el interior y en los alrededores de las ciudades. La agricultura urbana y periurbana proporciona productos alimentarios de distintos tipos de animales, así como productos no alimentarios” (s.p.). Entendida así, la agricultura urbana está relacionada con la seguridad alimentaria, es compatible con el interés comercial y no entra en conflicto con la utilización de agroquímicos o semillas transgénicas. Sus practicantes la ven como una acción apolítica y libre de intereses (Manosalva, 2020, p. 89). A su vez, la agroecología “incorpora ideas sobre un enfoque de la agricultura más ligado al medio ambiente y más sensible socialmente; centrada no solo en la producción sino también en la

sostenibilidad ecológica del sistema de producción” (Restrepo et al., 2000, p. 6).

Existen diversas comprensiones sobre la agroecología: una ciencia, un movimiento sociopolítico o una práctica agrícola (León-Sicard et al., 2017, p. 296). Aquí la entendemos como una modalidad específica de agricultura urbana interesada en la configuración de relaciones entre plantas y su biosistema, incluyendo a los seres humanos que conviven con ellas. Las personas interesadas en agroecología no están tan preocupadas por la productividad masiva de sus huertas (Manosalva, 2020, p. 90), aunque esta sí es posible como se ha demostrado en Cuba (Koont, 2011) y Argentina (Spiaggi, 2010), sino por reconectarse con la tierra, apropiarse de saberes deslegitimados, pero vitales para la naturaleza, reintegrarse a sus territorios y reparar tejidos sociales heridos por la mercantilización del espacio, las múltiples violencias y la desconfianza.

De acuerdo con las Naciones Unidas, en el año 2017 ya existían cerca de 50 megalópolis, la mayoría ubicadas en el Sur Global. Estas grandes ciudades modernas se han construido en gran medida de espaldas a las características de los territorios que ocupan y su construcción supone:

La destrucción de suelo fértil, la ruptura entre el suelo y la atmósfera, el traslado de los cursos de agua, la impermeabilización de los suelos, el vertido de residuos, extraños para la naturaleza o en tal cantidad que saturan la capacidad del ecosistema para reciclarlos (Hernández et al., 2009, p. 544).

Pero, aun así, la ciudadanía y colectivos en todo el mundo y en el Sur Global vienen proponiendo y desplegando acciones concretas para superar este estado de cosas, vivir en mayor armonía dentro de la naturaleza, reconfigurar las ciudades, y apostarle al buen vivir. Las huertas urbanas pueden ser entendidas como acciones colectivas concebidas desde la perspectiva de los comunes. La ciudadanía se organiza y apropia del territorio para producir sus alimentos y gestionar los recursos naturales de forma autónoma (Biazoti & Sorrentino, 2022, p. 6).

La agroecología urbana ha sido analizada en la literatura académica anglosajona desde múltiples perspectivas. Algunos autores hablan

de prácticas basadas en un ideario político desafiante y contracultural (McKay, 2011); de reapropiación de los comunes y búsqueda de alternativas en las fisuras del capitalismo por parte de sectores de la ciudadanía (Thompson, 2015, p. 1022); de un anarquismo urbano militante que apela a tácticas de resistencia similares a las de los grupos subversivos del Sur Global, y por ello pueden ser descritas como formas de “jardinería guerrillera” (Tracey, 2007), que desafían los regímenes de propiedad e ilustran esfuerzos por alcanzar una sustentabilidad definida desde lo local (Crane et al., 2013, p. 74), o de subversión, crítica, travesura, espontaneidad, autonomía, ilegalidad y bajo perfil (Crane et al., 2013, p. 76).

Según McKay (2011, p. 6), las huertas urbanas surgen como una forma de protesta, y por ello están conectadas con las nociones de utopía, comunidad, activismo, paz y cuidado del medio ambiente. También se les puede considerar esfuerzos por transformar materialmente el espacio público en alianza con agentes no-humanos (plantas y animales) reconceptualizando en el proceso la comprensión de lo “natural” a través de medios y procesos políticos poco convencionales (Certoma & Tornaghi, 2015, p. 1125). Barthel et al. (2015) analizan las huertas urbanas en distintos países de Europa y las entienden como un movimiento social y como instancias de construcción de sentidos de comunidad. Sin embargo, Certoma y Tornaghi (2015, p. 1123) sostienen que no todas las prácticas de agricultura urbana tienen un espíritu contracultural.

Las investigaciones deberían comprobar si la enunciación de objetivos de ecología comprometida, paisajismo desde abajo, anarquismo contra-neoliberal y contra-desarrollista, soberanía alimentaria, empoderamiento comunitario, reconstrucción de los comunes urbanos y derecho a la ciudad se verifican o no en la realidad.

Algunos autores anglosajones encuentran en las huertas urbanas un espacio de actividades surgidas de motivaciones disímiles no necesariamente contraculturales y a veces no necesariamente dignas de aplauso (Adams & Hardman, 2014). Podría tratarse de actividades y espacios de recreación que no confrontan ningún orden, de pasatiempos tranquilos que les permiten a sus practicantes relajarse y poder recuperarse para continuar sus actividades habituales con energía renovada y propiciar

la productividad. En este caso, las huertas urbanas serían espacios de resignación a los constreñimientos y mandatos de las agendas neoliberales en los que grupos ciudadanos poco interconectados intentan proveerse precariamente de alimentos en una lógica de autoayuda desentendida de las complejas dinámicas de la producción de alimentos (Biazoti & Sorrentino, 2022; Certoma & Tornaghi, 2015). La cooptación de las iniciativas y colectivos de agricultura urbana por parte de los gobiernos en ciudades alrededor del mundo para generar réditos políticos, clientelas electorales y métricas de eficiencia es una señal de que no todas estas prácticas tienen un carácter progresista o contracultural (Certoma & Tornaghi, 2015, p. 1124).

En América Latina, la literatura académica sobre la agricultura urbana es extensa y gran parte se ha relacionado con los esfuerzos de subsistencia de la población marginada (Schwab et al., 2018, p. 17). Sin duda, uno de los autores más influyentes es Altieri (Altieri & Nicholls, 2013, 2020; Altieri & Toledo, 2011), quien ha abordado muchas facetas y experiencias. Alguna literatura se centra en el potencial de productividad que ofrece la agricultura urbana (Clavijo & Cuví, 2017). Ese es el caso del trabajo de Leandro (2013), el cual analiza procesos de producción en la ciudad de Bogotá y encuentra que la mayoría de los agricultores urbanos que contactó producen solo para el consumo propio. Izquierdo (2017) exploró otros casos de implementación de la agricultura urbana en Bogotá. De Aquino y De Assis (2007) realizaron un trabajo similar en el contexto de Brasil. Aunque tal vez no sea realista pensar que las ciudades puedan “volver rápidamente al nivel de autosuficiencia alimentaria que tenían antes del siglo XX, resultan indiscutibles los beneficios que la agricultura urbana y periurbana aportan a las urbes” (Matarán et al., 2019, p. 27).

Otra parte de la literatura regional se enfoca en los diálogos de saberes alrededor de la agricultura urbana, en los que se reúnen ciudadanos, migrantes del campo y expertos. Bonillo (2005) y Jiménez (2017) consideran que las huertas son lugares de aprendizaje intergeneracional. En una línea similar, Cantor (2010) describió cómo los campesinos colombianos desplazados por la violencia llegan a Bogotá buscando angustiosamente formas de subsistencia y recurren a sus saberes agrícolas.

Por su parte, Gortaire (2016, p. 13) considera que la agroecología se constituye en una vía para la recuperación de la soberanía alimentaria en

Ecuador, conectada con las demandas históricas del movimiento indígena campesino. En Colombia, Prada et al. (2021) destacan que la agroecología comunitaria fortalece el sentido de pertenencia territorial y genera sensibilidad por la vida. Alvarado et al. (2015, p. 84) resaltan las crecientes alianzas y diálogos entre los productores y el sector gastronómico en Perú. Hoinle (2022) confirmó una intuición que mantienen practicantes y expertos en la agroecología urbana: los huertos urbanos son lugares para el empoderamiento de las mujeres. Por esa misma línea, Martín (2019) asegura que el proceso de la agricultura se basa en el cuidado, la interseccionalidad y la comunidad, algo asociado a acciones “feminizadas” e históricamente lleno de esfuerzos femeninos.

Acevedo (2013) exploró cómo el conocimiento agrícola en entornos donde cohabitan campesinos migrantes y ciudadanos urbanos es transmitido generacionalmente y cómo el aprendizaje no solo tiene el objetivo de transmitir saberes técnicos, sino también fortalecer la autoestima de los participantes, construir tejido social y recuperar o reafirmar tradiciones. Nieto (2009) llevó a cabo una investigación participativa que buscaba incentivar la práctica agroecológica en Bogotá y, también, propiciar espacios de diálogo entre vecinos. Así, los talleres creativos que realizó posibilitaron el encuentro de niños pequeños y adultos. Por su parte, Altieri y Nicholls (2013) concluyeron que los campesinos e indígenas practican la resiliencia de sus saberes y desarrollan tácticas para enfrentar el cambio climático que, aunque no chocan con la ciencia occidental, tampoco son las que promueven las instituciones gubernamentales. Comassetto et al. (2013) encontraron en Brasil que la agricultura urbana podía entenderse como una resistencia a la sociedad de consumo.

Este breve repaso de la literatura académica muestra una cantidad abundante de trabajos y enfoques en las diferentes disciplinas de las ciencias sociales, pero también la escasez de investigaciones desde el campo de la comunicación. De acuerdo con Moreira (2022), la literatura existente sobre los sistemas agroalimentarios desde una perspectiva de comunicación “enfatisa principalmente las estrategias de comunicación externa, concretamente a través de la lente del marketing (social) ... revelando a menudo puntos de vista críticos sobre las trampas del *greenwashing*” (p. 2).

LA AGROECOLOGÍA URBANA COMO MOVIMIENTO SOCIAL Y LA COMUNICACIÓN

La literatura académica sobre los movimientos sociales y las acciones colectivas es extensa tanto en los países hegemónicos como en el Sur Global. Este no es el espacio para discutirla a profundidad, pero sí queremos resaltar ciertos matices que aportan los autores latinoamericanos, pues nuestro contexto es distinto. Aquí, las familias, los migrantes campesinos, los lazos vecinales y la vida cotidiana son decisivos en la movilización (Zibechi, 2015, p. 27) y por esto mismo hay un protagonismo crucial de las mujeres. Rivera (1996) lo confirma: “la política no se define tanto en las calles como en el ámbito más íntimo de los mercados y las unidades domésticas” (p. 132). Los movimientos sociales detrás de muchas prácticas de agroecología urbana están conformados en gran medida por mujeres, niños y niñas, y operan de acuerdo a principios de reciprocidad y hermanamiento (Zibechi, 2015, p. 30).

Según Scott (2000, p. 147), las prácticas de los movimientos sociales no pueden darse sin comunicación, es esta la que permite la organización, la coordinación, la convocatoria, el mantenimiento del entusiasmo, la negociación de disensos internos, la interlocución con otros actores sociales, la difusión de ideas, propuestas y resultados hacia la ciudadanía y la renovación de idearios. La comunicación permite el paso de las acciones individuales y episódicas de sujetos aislados hacia las prácticas grupales de disidencia. Los colectivos se constituyen en y a través de la comunicación, explica Kavada (2016, p. 9), pero a pesar de la importancia de esta comunicación interna, la investigación no ha profundizado tanto “en las (micro)dinámicas concretas de comunicación que tienen lugar dentro de los grupos” (Moreira, 2022, p. 3), tema que exploramos en nuestra investigación.

Además de la interacción cotidiana cara a cara que refuerza la socialidad, la comunicación en los movimientos sociales contemporáneos también fluye a través de los medios digitales, muy útiles para garantizar la ritualidad y fomentar la innovación (Martín-Barbero, 1990). La comunicación presencial cotidiana y el uso de las redes sociales digitales dan sustento a las formas de organización, facilitan la acción política descentralizada, generan comunitarismo (Juárez, 2010) y per-

miten que los que Gerbaudo (2012) describe como “líderes suaves”, más importantes para las decisiones tácticas y el sostenimiento de la motivación que los liderazgos verticales del pasado, convoquen la participación y faciliten la acción en coreografías de ensamble. Aunque no reemplazan la interacción cara a cara en las huertas familiares y en los parques de los barrios, las plataformas digitales enlazan a “individuos separados sin necesidad de una identidad colectiva coherente o de una organización formal” (Kavada, 2016, p. 8).

La base filial y afectiva en territorios habitados desde la pertenencia (Haesbaert, 2013) les otorga a estos movimientos una capacidad de resiliencia especialmente fuerte. Por ello “son capaces de minimizar y sobreponerse a los efectos nocivos de las adversidades y los contextos desfavorecidos y deprivados socioculturalmente, capaces de recuperarse tras haber sufrido experiencias notablemente traumáticas” (Uriarte, 2013, p. 8).

METODOLOGÍA

La base de la investigación fue la aplicación de un cuestionario con 65 preguntas, tanto cuantitativas como cualitativas, y georreferenciación en más de 80 huertas en Medellín y siete en Bogotá. Usamos herramientas de recolección de datos de libre acceso (KoboToolbox y OpenStreet Map).

Las siete huertas de Bogotá fueron escogidas empleando un muestreo de máxima variación, con la idea de configurar una muestra heterogénea lo más diversa posible: cuatro fueron comunitarias, dos familiares y una privada, repartidas por los cuatro puntos cardinales de Bogotá y abarcando zonas de clase alta, media y sectores populares (García, 2019).

Una huerta se encuentra en el barrio Roma. Se trata de Huerta Iguaque, una iniciativa de los vecinos del barrio. Iniciaron en el 2018 y su interés principal es la recuperación de semillas ancestrales y la construcción del tejido social. En segundo lugar, está la huerta de los conjuntos Compostela, manejada por un par de jóvenes y mujeres cabeza de hogar; además de la siembra, quieren recuperar espacios públicos deteriorados. En tercer lugar, se encuentra la Huerta Santa Elena, la

cual lleva 17 años funcionando en el barrio La Perseverancia. Pertenece a María Elena Villamil, quien se interesó por la agroecología junto con otros residentes y el párroco de la zona, realizó un diplomado, adaptó el patio de su casa para convertirlo en huerta y, con el pasar del tiempo, se ha convertido en un referente del movimiento huertero en Bogotá. Imparte cursos, recibe practicantes y ha trabajado con artistas jóvenes. La cuarta huerta estudiada es una muy pequeña, creada por tres jóvenes que comparten vivienda en un barrio de clase media alta: La Esmeralda. Han desarrollado procesos de siembra y lombricultura caseros. La quinta huerta está ubicada en un apartamento de la localidad de Teusaquillo y le pertenece a un joven estudiante universitario; tiene forma vertical y ha producido plantas aromáticas y medicinales. La sexta es Jardín 82, un proyecto comunitario financiado por el Instituto Goethe de Alemania. Lleva funcionando desde el 2015, cuenta con espacios de aprendizaje, colaboraciones artísticas y eventos financiados por la institución. Finalmente, la séptima huerta pertenece al colectivo Chicapuy. Este es un espacio comunitario que busca la construcción del tejido social en la zona. Esta huerta ha permitido la recuperación del espacio público que estaba sumido en el abandono y en manos de la delincuencia, y es también un espacio pedagógico a partir de la siembra y el cuidado de las plantas.

Además de aplicar el cuestionario, hicimos visitas a las huertas para realizar etnografía participativa. Para esto último nos apoyamos en un diario de campo. Adicionalmente, quisimos indagar sobre el estado del interés en la agroecología urbana durante la pandemia de Covid-19 y para ello recurrimos a las métricas (Group Insights) que ofrece Facebook a los administradores de los grupos huerteros en Bogotá y Medellín.

HALLAZGOS

Pudimos identificar dos tipologías de huertas: las colectivas y las privadas. Dentro de las privadas, había huertas familiares, de grupos pequeños de personas que conviven, o de individuos. Una huerta puede ser considerada como comunitaria cuando sus participantes no conviven y se organizan para trabajar en espacios abiertos. Son privadas cuan-

do están cerradas al público general y les pertenecen solo a unas pocas personas. Son públicas si se encuentran en espacios abiertos en los que cualquier vecino puede participar, y son familiares si están en viviendas cuyos habitantes se describen como una familia. Las huertas cerradas al público pueden tener horarios de trabajo más flexibles, mientras que las abiertas tienden a ser más sistemáticas.

Encontramos personas y colectivos de condiciones económicas muy diversas, lo cual indicaría que la agroecología urbana ya no es una práctica exclusivamente asociada a poblaciones de bajos ingresos y origen rural, como concluyeron Schwab et al. (2018, p. 20). Por ejemplo, en una de las huertas comunitarias, los fundadores vienen de diversas ocupaciones y profesiones: estudiantes de biología, diferentes ramas de ingeniería, licenciaturas en ciencias sociales o psicología. En otras huertas urbanas se encontró a participantes de edades muy diferentes. Estos hallazgos resuenan con la descripción que hace Kavada (2016, p. 8) de los colectivos contemporáneos como heterogéneos, integrados por individuos que a veces no comparten siquiera la misma ideología, pero sí lazos filiales, barriales o de amistad, como insiste Zibechi (2015).

El promedio de personas que laboran en las huertas estudiadas en Bogotá es de cuatro, la mayoría entre los 19 y los 24 años de edad. Hay más mujeres que hombres. En promedio, las personas que laboran en estas huertas les dedican 7.2 horas semanales de su tiempo. Las huertas de la muestra tienen una antigüedad promedio de 33 meses.

Lo que más se siembra en estas huertas urbanas de Bogotá son hortalizas, hay más de 40 variedades; principalmente cilantro, pero también ajo, maíz, acelga y lechuga crespa. En cuanto a las plantas aromáticas y medicinales, la más frecuente es el romero, seguida de la caléndula y la menta. Con respecto a las frutas, la mayoría de las huertas tienen fresas, uchuvas, piña y papayuela (García, 2019).

Las experiencias que conocimos trascienden el ámbito de la agricultura urbana para acercarse al de la agroecología. Para sustentar este hallazgo, nos valemos de los relatos de los orígenes de cada huerta y la evolución de sus intereses. Las que se ubican en viviendas se iniciaron con el fin de tener hortalizas para su propio consumo y, con el tiempo, esa finalidad se unió al interés por la soberanía alimentaria. Fue eviden-

te que las huertas comunitarias le apuestan a la construcción del tejido social a partir de la reconexión con el territorio y la tierra, la enseñanza del cuidado medioambiental y la recuperación de plantas ancestrales. Les interesa retomar alimentos originarios de la zona andina, discriminados durante los últimos siglos por una gastronomía eurocéntrica; compartir sus experiencias con otros vecinos y reconectarse con la naturaleza. Las huertas estudiadas en Bogotá van entonces más allá de la siembra para la supervivencia (Schwab et al., 2018) y se acercan a las perspectivas contraculturales de la agroecología urbana que describió McKay (2011).

Algunas de las huertas, como es el caso de Santa Elena, Teusaquillo y La Esmeralda, se iniciaron con el objetivo de cultivar alimentos para consumo propio –las tres tienen en común que están ubicadas en viviendas privadas–, pero esto ha venido cambiando y hoy en día hay otros objetivos relacionados con el cuidado del medioambiente y la soberanía alimentaria. María Elena Villamil, propietaria de la huerta Santa Elena, describió su proceso como un “despertar de consciencia”. A su vez, Sabrina, de la huerta de La Esmeralda, comentó que con su huerta ha profundizado su interés por la soberanía alimentaria. Concluyó que, si quería disponer de alimentos orgánicos, lo mejor era producirlos ella misma: “a mí me parecía muy chévere tener alguna comida que no fuera llena de químicos, porque los mercados orgánicos normalmente son carísimos. Es una cosa que está súper elitizada” (comunicación personal, marzo de 2019). Y, sin embargo, en un hallazgo que nos sorprendió, encontramos que hay un interés por parte de sectores de clase media por este tipo de iniciativas huerteras. No se trata únicamente de poblaciones marginadas de origen campesino o de ciudadanos convocados por la institucionalidad, como afirman Carranza et al. (2021, p. 25), sino de sectores medios e incluso medios-altos, que han desarrollado mayor consciencia ecológica e interés en prácticas de agroecología.

Las otras huertas de la muestra son comunitarias. La Chipahuerta, manejada por el colectivo de educación popular “Chipacuy” ha enfatizado la dimensión pedagógica. En palabras de Pablo, uno de los integrantes del colectivo: “sin duda la educación ambiental es lo que está detrás de este proyecto; la educación popular para mezclar los saberes ancestrales y darles validez en la actualidad con soporte en el

impacto ambiental” (comunicación personal, marzo de 2019). La Huerta Iguaque y la de los conjuntos Compostela se iniciaron con el objetivo de limpiar semillas transgénicas, brindar acceso a alimentos libres de agroquímicos, construir soberanía alimentaria y, sobre todo, conectar a los vecinos y generar tejido social. “Los alimentos se encarecen y su nivel es cada vez más malo: tienen muchos agroquímicos, todo ese tema. Entonces necesitamos un espacio para poder limpiar ese tipo de semillas, producir todo tipo de alimentos, hacer minga, repartir comida, compartir” (comunicación personal, marzo de 2019), añade Piña, de Huerta Iguaque. El Jardín 82 comparte este enfoque. Está ubicado en un jardín interior en la sede del Instituto Goethe, al norte de Bogotá. Los organizadores, inspirados en iniciativas agroecológicas de Alemania, decidieron financiar este proyecto (García, 2019) y a él se han vinculado residentes de la zona de estratos medios y medios-altos.

Por otro lado, y en relación con la comunicación, cabe mencionar la integración de las personas en los espacios huerteros. Esta no solo permite la labor física de sembrar, sino que genera diálogos entre sujetos que se reconocen mutuamente. Se crean espacios de intercambio, aprendizaje y discusión sobre temas concernientes a la agroecología. Encontramos que en las huertas de Bogotá también ocurre lo que se encontró en las de Medellín: “El saber parece ser el bien máspreciado por todos los huerteros y es a través de él que se tejen buena parte de las relaciones” (Restrepo et al., 2020, p. 111).

Para que las huertas funcionen, es preciso que la comunicación sea constante y vital. La comunicación, como plantea Kavada (2016), es lo que permite que la colectividad perdure –gracias a la dimensión que Martín-Barbero (1990) llama *ritualidad*–. La mayoría de las huertas comunitarias realizan mingas³ y/o talleres semanales para trabajar en el cuidado de las plantas.

Como herramienta de comunicación, todas las huertas –incluyendo las familiares y privadas– utilizan WhatsApp para estar en contacto con los otros integrantes. Todas las huertas comunitarias tienen páginas de Facebook a través de las cuales convocan a encuentros y algunas

³ Término que en Colombia hace referencia a una reunión donde se realiza trabajo comunitario.

también tienen presencia en Instagram. Es frecuente que los huerteros urbanos tomen nota de las cosas nuevas que aprenden y graben, tomen fotos del lugar, hagan videos y dibujen. El registro constante de las actividades en las huertas permite divulgar los trabajos realizados y los logros obtenidos con otros miembros a través de grupos de WhatsApp, y se emplean las redes sociales para atraer a nuevas personas interesadas.

Muchas de las huertas surgieron o se consolidaron con el apoyo de las redes sociales, pero también con el voz a voz: La Chipahuerta fue creada por un grupo de amigos de la zona, que inicialmente había formado el colectivo Chipacuy y, a través de las redes digitales, convocaron a más vecinos. En el caso de la huerta Iguaque, amigos del barrio iniciaron la huerta y por medio del voz a voz lograron atraer a más vecinos. Jardín 82 utilizó principalmente las redes sociales para empezar, pero también se dio a conocer a vecinos de la zona en los eventos del Instituto Goethe. La huerta de Compostela utilizó inicialmente el voz a voz, pero las redes sociales fueron esenciales para convocar a la mayoría de sus integrantes. La huerta de Santa Elena, aunque no es manejada por un grupo formal, ha logrado generar redes de apoyo y establecer contactos con instituciones como colectivos de artistas y universidades gracias a entrevistas en los medios de comunicación y al uso de las redes sociales. Las huertas de la Esmeralda y Teusaquillo se conformaron gracias a la cohabitación residencial de sus miembros; las interacciones ya existían. Todas las huertas afirman haber influido a otras personas para multiplicar las iniciativas de agroecología en la ciudad (García, 2019).

La comunicación facilita el flujo y la combinación de ideas para la creación de nuevos métodos aplicados en las huertas; la tecnicidad de la que habla Martín-Barbero (1990). La mayoría de las huertas investigadas han entrado en relación con alguna red o colectivo de huertas de Bogotá a través de reuniones, eventos o Internet. Algunos ejemplos de innovación surgida de estos encuentros de saberes son la construcción de ingeniosos sistemas de riego, diferentes formas de abonar la tierra o llamativas estructuras para las huertas.

Aunque la mayoría de las huertas operan como organizaciones básicamente horizontales, sin jerarquías rígidas, la verdad es que cada huerta tiene al menos un líder que organiza su funcionamiento y, en

algunas, el liderazgo es fuerte. Pero también encontramos huertas con “líderes suaves”, como los define Gerbaudo (2012): aquellos que “no quieren ser vistos como líderes en primer lugar, pero cuyo trabajo de ambientación y creación de guiones ha sido decisivo para lograr cierto grado de coherencia” (p. 13). Sin alguna de estas formas de liderazgo sería muy difícil la sobrevivencia a largo plazo de las iniciativas de huertas urbanas: deben repartirse responsabilidades, que pueden variar según las necesidades físicas de las huertas (si son verticales, o están en macetas o directamente en la tierra); deben establecerse calendarios de actividades, ya sea de acceso al público o para su mantenimiento, y, sin duda, deben encontrarse formas de financiamiento. En este último punto hay que mencionar que una huerta de la muestra de Bogotá es patrocinada por una institución educativa, pero las seis restantes se sostienen con sus propios medios económicos: algunas participan en concursos distritales para conseguir fondos, venden algunos de sus productos, crean productos con sus cosechas o sus cuidadores les destinan parte de sus ahorros personales.

Finalmente, debemos resaltar la capacidad de resiliencia asumida por las personas y colectivos que hacen parte de las huertas. En Colombia, las semillas libres no están permitidas, son ilegales, es todo un reto conseguirlas, preservarlas, intercambiarlas y usarlas. Por otro lado, están las consideraciones económicas que afectan la subsistencia de los huerteros urbanos y su posibilidad de mantener vivas sus huertas, en medio de la precariedad laboral; también hay circunstancias ambientales que pueden dificultar el correcto funcionamiento de las huertas: cambio climático, heladas, sequías, contaminación del aire, nuevas construcciones que bloquean la luz del sol; asimismo, se pueden presentar plagas o el crecimiento descontrolado de algunas plantas. En todas las huertas se encontraron testimonios sobre cómo los huerteros urbanos encuentran salidas a las dificultades y formas de mantener o renovar sus proyectos.

Esa resiliencia de los huerteros urbanos fue puesta a prueba mientras se finalizaba la investigación de la que surge este artículo. La pandemia de Covid-19, las cuarentenas asociadas, la dificultad para reunirse y la escasez de algunos insumos agrícolas pusieron en peligro la continuidad de muchas huertas. Pero, a la vez, la crisis económica, las dificult-

tades de abastecimiento, el abundante tiempo disponible en los hogares sometidos a confinamiento y la reflexividad que generó la pandemia en algunos sectores sociales sobre la escasa autonomía de la vida urbana y las empobrecidas relaciones que tenemos los ciudadanos con la tierra, impulsaron renovado interés en la agroecología (Tarhuni et al., 2020).

Aunque no se trata de información exhaustiva, la cantidad de miembros y las métricas (Group Insights) que ofrece Facebook a los administradores de grupos grandes dedicados a la agroecología urbana en Medellín y Bogotá muestran repuntes importantes tanto en integrantes como en contenidos publicados y actividad en general desde los primeros meses de la pandemia hasta la actualidad.

TABLA 1
INTEGRANTES DE GRUPOS DE FACEBOOK RELACIONADOS CON LA
AGROECOLOGÍA URBANA EN BOGOTÁ Y MEDELLÍN, COLOMBIA

Nombre del colectivo en Facebook	Seguidores junio, 2020	Seguidores mayo, 2023	Aumento %
Agroecología en Bogotá	2 850	4 321	51.6
Región			
Agricultura Urbana Bogotá	910	1 686	85.2
Red de Huerteras y Huerteros Bacatá-Región	4 073	14 722	361
Red de Huerteros Medellín	8 567	12 336	44
Total	19 612	33 065	68.5

Fuente: Elaboración propia.

También es significativo que varios proveedores de frutas y verduras a domicilio en Bogotá añadieron a su oferta durante la pandemia semillas, plántulas y tierra para sembrar, y el Jardín Botánico de Bogotá intensificó su oferta de cursos virtuales de agricultura urbana.

COMENTARIOS FINALES

El trabajo de campo de esta investigación nos permitió identificar que los grupos y colectivos huerteros que contactamos en Bogotá funcionan

en la línea de la agroecología urbana. Sus huertas constituyen procesos integrales que, además de fomentar la alimentación sana, apuestan a cuidar el medio ambiente, construir comunidad con otras personas, generar resistencias ambientales y sociales, y experimentar (Manosalva, 2020, p. 91) y construir comunitariamente utopías (Biazoti & Sorrentino, 2022, p. 2).

Los encuentros de saberes posibilitan el autorreconocimiento de los sujetos y las comunidades, y se realizan a través de una gran diversidad de prácticas comunicativas: contacto directo y escucha activa; diálogos en las huertas o en eventos relacionados; conversaciones entre vecinos, amigos, conocidos o familiares; debates sobre agroecología en grupos de Facebook o en los chats de WhatsApp de las huertas; el uso de manuales digitales o videos de expertos encontrados en Internet, entre otros. Las huertas urbanas existen y perduran gracias a la comunicación: con ella se organizan, se encuentran, aprenden, llegan a acuerdos y resisten (García, 2019). Todas las huertas investigadas exploran formas de mantenerse en el tiempo, convocar voluntarios, financiarse y crear comunidad a través de prácticas comunicativas. Se organizan y perduran gracias tanto a “líderes suaves” (Gerbaudo, 2012) como a líderes fuertes, aunque se trata de jerarquías relativamente planas.

Las huertas son espacios para fomentar la salud, consumir alimentos orgánicos y profundizar el amor y el conocimiento de la tierra, pero además de eso, para reunir a vecinos, generar conciencia ambiental, despertar cuestionamientos ante las formas masivas de consumo y reconstruir el tejido social de la ciudad. Las prácticas huerteras que encontramos son desplegadas por sectores marginados, pero también por colectivos provenientes de sectores medios, lo cual pareciera indicar una ampliación del interés por la agroecología urbana en Bogotá. En algunas huertas participan activistas de diferentes estratos económicos, con lo cual se convierten en espacios menos codificados, más abiertos a la diversidad de las urbes latinoamericanas.

Los colectivos huerteros desafían la tendencia a evaluar la eficacia de la movilización social en términos de su impacto sobre políticas públicas y cambios cuantificables de las percepciones de la opinión pública (Kavada, 2016, p. 10), y nos llevan a pensar en otros signos de eficacia: la conformación misma de los colectivos en entornos urba-

nos de anomia, disgregación o distinción de clase, la creación de nuevos códigos de interacción en las megalópolis, la apertura de espacios de comunicación ciudadanos en territorios que habían sido privatizados o instrumentalizados y la promoción de estilos de vida novedosos o conectados con una ancestralidad menos antropocéntrica que nos permitan sobrevivir a la crisis medioambiental.

Para terminar, corroboramos que, efectivamente, los lazos humanos basados en la comunicación son fundamentales para que este tipo de iniciativas existan y se expandan, y nos permitan poner nuestra marca verde en el asfalto.

Referencias bibliográficas

- Acevedo, Á. (2013). *Escuelas de agroecología en Colombia la construcción del conocimiento agroecológico en manos campesinas* [Ponencia]. Congreso Latinoamericano de Agroecología, Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología (SOCLA), Lima, Perú. <https://orgprints.org/25086/>
- Adams, D. & Hardman, M. (2014). Observing Guerrillas in the Wild: Reinterpreting Practices of Urban Guerrilla Gardening. *Urban Studies*, 51(6), 1103-1119. <https://doi.org/10.1177/0042098013497410>
- Altieri, M. & Toledo, V. M. (2011). The agroecological revolution in Latin America: rescuing nature, ensuring food sovereignty and empowering peasants. *The Journal of Peasant Studies*, 38(3), 587-612. <https://doi.org/10.1080/03066150.2011.582947>
- Altieri, M. & Nicholls, C. (2013). Agroecología y resiliencia al cambio climático: Principios y consideraciones metodológicas. *Agroecología*, 8(1), 7-20. <https://revistas.um.es/agroecologia/article/view/182921>
- Altieri, M. & Nicholls, C. (2020). *La Agroecología en tiempos del COVID-19*. Centro Latinoamericano de Investigaciones Agroecológicas. <http://celia.agroeco.org/wp-content/uploads/2020/05/ultima-CELIA-Agroecologia-COVID19-19Mar20-1.pdf>
- Alvarado, F., Siura, S. & Manrique, A. (2015). Perú: Historia del movimiento agroecológico 1980-2015. *Agroecología*, 10(2), 77-84. <https://revistas.um.es/agroecologia/article/view/300841>

- Barthel, S., Parker, J. & Ernstson, H. (2015). Food and Green Space in Cities: A Resilience Lens on Gardens and Urban Environmental Movements. *Urban Studies*, 52(7), 1321-1338. <https://doi.org/10.1177/0042098012472744>
- Biazoti, A. & Sorrentino, M. (2022). Engajamento político na agricultura urbana: potência de agir nas hortas comunitárias de São Paulo. *Ambiente e Sociedade*, 25, 2-20. <https://doi.org/10.1590/1809-4422asoc20210056vu2022L1AO>
- Bonillo, M. (2005). *Saberes campesinos, una estrategia para el desarrollo de tecnología apropiada para la agricultura orgánica realizada por agricultores familiares*. Universidad Católica de Temuco.
- Cantor, K. (2010). Agricultura urbana: elementos valorativos sobre su sostenibilidad. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 7(65), 61-87. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/desarrolloRural/article/view/1161>
- Carranza, C., Vinasco, M., Mosquera, R., Montenegro, S., Serrato, Y., Prada, Y. & Sepulveda, Y. (2021). *Alternativas de producción agroecológica urbana-periurbana y su contribución en la seguridad alimentaria de Colombia*. UNAD. <https://doi.org/10.2490/9789586517997>
- Certoma, C. & Tornaghi, C. (2015). Political gardening. Transforming cities and political agency. *Local Environment. The International Journal of Justice and Sustainability*, 20(10), 1123-1131. <https://doi.org/10.1080/13549839.2015.1053724>
- Chandran, R. (2020, 7 de abril). *Grow your own: Urban farming flourishes in coronavirus lockdowns*. Thomson Reuters Foundation. <https://www.reuters.com/article/health-coronavirus-farming/grow-your-own-urban-farming-flourishes-in-coronavirus-lockdowns-idUSL8N2BV0FR>
- Clavijo, C. & Cuví, N. (2017). La sustentabilidad de las huertas urbanas y periurbanas con base agroecológica: el caso de Quito. *Letras Verdes*, 21, 68-91. <https://doi.org/10.17141/letrasverdes.21.2017.2608>
- Comassetto, B. H., Solalinde, G. P., Rosa de Souza, J. V., Trevisan, M., Zilio Abdala, P. R. & Vargas Rossi, C. A. (2013). Nostalgia, anti-consumo simbólico e bem-estar: a agricultura urbana. *Revista de Administração de Empresas*, 53(4), 364-375. <https://periodicos.fgv.br/rae/article/view/30025>

- Crane, A., Viswanathan, L. & Whitelaw, G. (2013). Sustainability through intervention: a case study of guerrilla gardening in Kingston, Ontario. *Local Environment*, 18(1), 71-90. <https://doi.org/10.1080/13549839.2012.716413>
- De Aquino, A. & De Assis, R. (2007). Agricultura orgânica em áreas urbanas e periurbanas com base na agroecologia. *Ambiente & Sociedade*, 10(1), 137-150. <https://doi.org/10.1590/S1414-753X2007000100009>
- García, A. P. (2019). *Verde en el asfalto. Comunicación y saberes en la agroecología urbana de Bogotá* [Tesis de grado no publicada]. Pontificia Universidad Javeriana.
- Gerbaudo, P. (2012). *Tweets and the Streets. Social Media and Contemporary Activism*. Palgrave Macmillan.
- Gortaire, R. (2016). Agroecología en el Ecuador. Proceso histórico, logros, y desafíos. *Antropología. Cuadernos de Investigación*, 17, 12-38. <https://doi.org/10.26807/ant.v0i17.85>
- Haesbaert, R. (2013). Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad. *Cultura y Representaciones Sociales*, 8(15), 9-42. <https://www.culturayrs.unam.mx/index.php/CRS/article/view/401>
- Hernandez, A., Velasquez, A. & Verdaguer, C. (2009). Ecobarrios para ciudades mejores. Ciudad y territorio. *Estudios Territoriales*, 41(161-162), 543-558. <https://recyt.fecyt.es/index.php/CyTET/article/view/75950>
- Hoinle, B. (2022). Procesos de empoderamiento espacial de mujeres en la agroecología urbana en Bogotá. *Revista Iberoamericana de Economía Solidaria e Innovación Socioecológica*, 5, 203-226. <https://doi.org/10.33776/riesise.v5.5207>
- IPES-FOOD. (2020). *El COVID-19 y la crisis en los sistemas alimentarios: Síntomas, causas y posibles soluciones. Comunicado del Panel Internacional de Expertos sobre Sistemas de Alimentación Sostenible*. http://www.ipes-food.org/_img/upload/files/COVID-19_ComuniqueES%281%29.pdf
- Izquierdo, D. (2017). *La agricultura urbana como fenómeno de progreso local: experiencias en la ciudad de Bogotá* [Tesis de grado no publicada]. Pontificia Universidad Javeriana. <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/34254>

- Jiménez, C. (2017). *Culterra, modelo de negocios sobre huertas urbanas como método de recopilación y aplicación del patrimonio histórico y cultural sobre la siembra a través del aprendizaje intergeneracional* [Tesis de grado no publicada]. Pontificia Universidad Javeriana. <http://hdl.handle.net/10554/36473>
- Juárez, R. S. (2010). El concepto de ciudadanía en el comunitarismo. *Revista Mexicana de Derecho Constitucional*, 1(23), 153-174. <https://doi.org/10.22201/ij.24484881e.2010.23.5934>
- Kavada, A. (2016). Social movements and political agency in the digital age: A communication approach. *Media and Communication*, 4(4), 8-12. <https://doi.org/10.17645/mac.v4i4.691>
- Koont, S. (2011). *Sustainable urban agriculture in Cuba*. Springer.
- Leandro, A. (2013). *La agricultura urbana en Bogotá: como llegar a tener un modelo de negocio* [Tesis de grado inédita, Universidad Escuela de Administración de Negocios]. Repositorio Institucional EAN. <http://hdl.handle.net/10882/4644>
- Manosalva, K. (2020). *Sentidos de lugar, comunalidad y espacios de esperanza en tres experiencias de agricultura urbana en Medellín* [Tesis de maestría inédita, Universidad de Antioquía]. Repositorio Institucional UdeA. https://bibliotecadigital.udea.edu.co/bitstream/10495/15571/6/ManosalvaFajardo_2020_SentidosLugar-Comunalidad.pdf
- Martin, M. A. (2019). Digging through urban agriculture with feminist theoretical implements. *Canadian Food Studies*, 6(3), 88-107. <https://doi.org/10.15353/cfs-rcea.v6i3.356>
- Martín-Barbero, J. (1990). *La comunicación desde las prácticas sociales. Reflexiones en torno a su investigación*. Universidad Iberoamericana.
- Matarán, A., Russo, F. & López, J. M. (2019). Agricultura urbana y participación social en tiempo de crisis. Los huertos sociales del sector norte de Granada. *Cuadernos de Investigación Urbanística*, 124, 25-43. <https://polired.upm.es/index.php/ciur/issue/view/460>
- McKay, G. (2011). *Radical Gardening: Politics, Idealism & Rebellion in the Garden*. Frances Lincoln.
- Moreira, S. (2022). Comunicación para los comunes alimentarios: análisis comparativo de grupos de consumo agroecológico en Portu-

- gal. *Comunicación y Sociedad*, e8155. <https://doi.org/10.32870/cys.v2022.8155>
- Nicholls, C. & Altieri, M. (2018). Pathways for the amplification of agroecology. *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 42(10), 1170-1193. <https://doi.org/10.1080/21683565.2018.1499578>
- Nieto, M. (2009). *Raíz urbana* [Tesis de grado inédita, Pontificia Universidad Javeriana]. Repositorio Institucional Javeriana. <https://repositorio.javeriana.edu.co/handle/10554/4272>
- Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura-FAO. (2020, 22 de julio). *Agricultura urbana*. <http://www.fao.org/urban-agriculture/es/>
- Prada Millán, Y., Montenegro Gómez, S. P. & Serrato Velosa, Y. A. (2021). Prácticas agroecológicas en la implementación de huertos urbanos y periurbanos. En C. E. Carranza Gutiérrez, M. C. Vinasco Guzmán, R. A. Mosquera Mena, S. P. Montenegro Gómez, Y. A. Serrato Velosa, Y. Prada Millán & Y. A. Sepúlveda Casadiego. *Alternativas de Producción Agroecológica Urbana - Periurbana y su Contribución en la Seguridad Alimentaria de Colombia* (pp. 65-142). Universidad Nacional Abierta y a Distancia. <https://doi.org/10.22490/9789586517997>
- Restrepo, J., Angel, D. I. & Prager, M. (2000). *Actualización profesional en manejo de recursos naturales, agricultura sostenible y pobreza rural*. Centro para el Desarrollo Agropecuario y Forestal. CEDAF.
- Restrepo, P., Sandoval, C., Gallego, L. A., Manosalva, K., Correa, M. I. & Vergara, S. S. (2020, 22 de julio). *Prácticas comunicativas en la agricultura urbana de Medellín. Tejido social, territorios y saberes. Informe cuanti-cualitativo*. Red de Huerteros Medellín. <https://www.redhuerterosmedellin.org/investigacion-agricultura-urbana-medellin/>
- Rivera, S. (1996). *Bircholas*. Mama Huaco.
- Schwab, E., Caputo, S. & Hernández-García, J. (2018). Urban Agriculture: Models-in-Circulation from a Critical Transnational Perspective. *Landscape and Urban Planning*, 170, 15-23. <https://doi.org/10.1016/j.landurbplan.2017.09.012>

- Scott, J. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. Era.
- Spiaggi, E. (2010). Urban Agriculture and Local Sustainable Development in Rosario, Argentina: Integration of Economic, Social, Technical and Environmental Variables. En J. Luc & A. Mougeot (Eds.), *Agropolis. The Social, Political and Environmental Dimensions of Urban Agriculture* (pp. 187-202). Routledge.
- Uriarte, J. (2013). La perspectiva comunitaria de la resiliencia. *Psicología Política*, (47), 7-18. <https://www.uv.es/garzon/psicologia%20politica/N47-1.pdf>
- Tarhuni, D., Hernandez, J., Posada, J., Nepote, A. & Varguez, M. (2020). Huertos urbanos... ¿fenómeno pasajero o nuevo estilo de vida ante la pandemia de la COVID-19. *Desde el Herbario*, 12, 119-127. https://www.cicy.mx/Documentos/CICY/Desde_Herbario/2020/2020-06-11-Daniela-Tarhuni-Huertos-Urbanos.pdf
- Thompson, M. (2015). Between Boundaries: From Commoning and Guerrilla Gardening to Community Land Trust Development in Liverpool. *Antipode*, 47(4), 1021-1042. <https://doi.org/10.1111/anti.12154>
- Tracey, D. (2007). *Guerrilla gardening: a manual festo*. New Society Publisher.
- Zibechi, R. (2015). *Descolonizar el pensamiento crítico*. Bajo Tierra Ediciones.

SEMBLANZAS CURRICULARES

Juan Carlos Valencia

Profesor Asociado en el Departamento de Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana. Doctor por la Macquarie University (Sidney, Australia). Magister en Estudios Culturales por la Universidad Javeriana. Investiga temas relacionados con acciones colectivas y movimientos sociales (cambio climático, luchas de género, comunidades indígenas), los estudios del sonido y la música, y las audiencias de los medios de comunicación. Es productor radial en 91.9 FM Javeriana Estéreo y Radio UNAL.

Ana Paula García García

Comunicadora Social por la Pontificia Universidad Javeriana y estudiante de Maestría en Desarrollo Estratégico de Medios de la Universidad de Malmö, Suecia. Autora de la tesis de pregrado “Verde en el asfalto, Comunicación y saberes en la agroecología Urbana de Bogotá” (2019). Ha participado en investigaciones sobre agroecología urbana en Colombia, género, prácticas comunicativas y de medios digitales.